

TIEMPO Y ESPACIO DE VIDA. FÉLIX GUATTARI Y LA PRODUCCIÓN DE LA SUBJETIVIDAD.

Antonio Tudela Sancho. Universidad de Murcia.

Pierre-Félix Guattari: un nombre aún bastante desconocido en el ámbito académico español –no sabríamos decir si por fortuna–, un nombre que quizá ni siquiera sonaría si no fuera unido al del filósofo Gilles Deleuze en una suerte de escritura a dúo o, mejor, “entre dos”, expresión muy querida de ambos autores, cristalizada en cuatro de los más renovadores y oxigenantes títulos de la filosofía ubicada en la segunda mitad de nuestro siglo XX, cronológicamente, desde 1972 hasta 1992: *El Anti Edipo*, *Mil Mesetas*, *Kafka*. *Por una literatura menor* y *¿Qué es la filosofía?*

Pero, ¿quién era, quién es Félix Guattari? ¿Cuáles son los nudos de esa experiencia de la individuación subjetiva –si se nos permite el exceso de pedantería– que tuvo lugar entre 1930 y 1992, experiencia que hoy conocemos o nos suena bajo la denominación por fuerza abreviada de este nombre propio?

Guattari afirmaba estar hecho a la manera de un *collage*, a base de trozos o retazos de la más diversa procedencia, afirmaba ser una *cartografía* –otro concepto caro a nuestro personaje– compuesta de numerosos lugares, cuatro por lo menos: en primer lugar, provenía de la Vía Comunista gala anterior al Mayo del 68, lo que vale tanto como decir que militaba en la muy activa oposición *gauchista* al “régimen” del general De Gaulle; en segundo lugar, había sabido combinar la más disciplinada autodidáctica con años de formación en torno al seminario de Jacques Lacan; en tercer lugar, participó desde sus inicios en la tremenda experiencia de la psicoterapia institucional puesta en marcha allá por 1953 por uno de sus maestros y amigos, Jean Oury, en la clínica de La Borde, sita en Cour-Cheverny, clínica donde trabajaría toda su vida y donde, de hecho, le sorprendería la muerte cuarenta años más tarde en la forma convencional y más humana imposible de un paro cardíaco; por fin, y es el cuarto lugar de nuestra cartografía, su cercanía, su “amor” decía él hacia los esquizos: la preferencia por el discurso y los problemas, “verdaderos problemas”, de la esquizofrenia, todo un programa electivo que marcaría –por la senda del trabajo y la amistad desde finales de los sesenta con Gilles Deleuze– su abierta oposición a la falsa y superfetada problemática de los neuróticos a la par que a las tesis más trilladas del freudolacanismo¹.

Hecha la presentación a grandes rasgos de nuestro personaje, querríamos esbozar a seguido algunas de sus ideas referentes a la producción y transformación de la

¹ Cf. la entrevista realizada en marzo de 1972 por C. Backès-Clément: “Sur capitalisme et schizophrénie. Entretien avec Félix Guattari et Gilles Deleuze”, en *L'Arc* (París), nº. 49 (1980), pp. 47-55. Cf. asimismo el prólogo de Gregorio Kaminsky, “Un bricolage existencial”, pp. 7-15, a su magnífica recopilación de textos traducidos al castellano de Félix Guattari bajo el título colectivo *Cartografías del deseo*, trad. de Miguel Denis Norambuena, Buenos Aires, La Marca, 1995, interesantísima edición –dicho sea de paso– en el actual panorama de la traducción al castellano de la por otra parte no demasiado extensa obra en solitario de Guattari.

subjetividad en el espacio que se dice “globalizado” del mundo que nos toca vivir. Teniendo previamente en cuenta que, si Guattari y Deleuze han asegurado en alguna ocasión que en su lectura de Kafka lo único que les preocupaba era provocar por error el llanto del escritor en su tumba, nosotros nos cubriremos las espaldas recordando estas palabras del propio Guattari: “[...] invito a aquellos que me lean a tomar y a desechar libremente mis conceptos”², al modo en que el artista –y el pensamiento de Guattari es ante todo, permítasenos el axioma, una reflexión sobre el arte– toma en préstamo a sus antecesores y coetáneos los trazos que convienen a su propia obra, que a su vez dejará en donación al espíritu manipulador –¿y qué sería de la creación sin la tergiversación?– de sus sucesores. De hecho, nos hemos introducido sin casi pretenderlo en el mapa del laberinto guattariano, porque nuestro autor abogaba esencialmente por una suerte de “co-gestión” de la producción de subjetividad, proceso donde lo que importa es el resultado final, propiciado por lo que en su jerga –tan atrayente y sugestiva como la jerga que compartiera con Deleuze– denominaba un “método cartográfico multicomponencial”³ que debía permitir una reapropiación, un *collage* sea armónico o disonante, una auténtica *autopoiesis* en definitiva, de los propios medios de producción de la subjetividad. Un empeño que llevó en gran parte a cabo, no cesaremos de repetirlo, junto a Deleuze y que, entre otros, nos recordará igualmente los proyectos en este sentido encaminados de la última etapa de Foucault, el Foucault que por lo general se identifica con los tomos segundo y tercero de *Historia de la sexualidad* y con las *Tecnologías del yo*.

Resultarán de sobra conocidas las disquisiciones orquestadas en torno al problema polisémico del sujeto en lo que todavía muchos convienen en llamar “postmodernidad”: desde la muerte del hombre anunciada por Nietzsche y ratificada por Heidegger y –a partir de aquí– por la totalidad del estructuralismo francés, hasta el actual debate en torno a la paradójica convivencia de los discursos que hablan de un total aniquilamiento del sujeto y los que postulan como resultado de dicha defunción un resurgir del individuo. Hay nombres propios para todos los gustos: desde Lyotard y Vattimo hasta Lipovetsky u Onfray, pasando por Castoriadis, Touraine, Heller o Frank, por citar sólo algunos de los “foráneos”⁴. Pues bien: partiremos de la tesis de un necesario olvido de estas cuestiones para abordar el tema de la subjetividad y su producción en Félix Guattari.

Para nuestro autor, que toma prestada la expresión a Mikhaïl Bakhtine, la subjetividad es de hecho “plural y polifónica”, siempre más allá –y aquí tenemos el primer y más relevante puntal de nuestra exposición– de la clásica oposición entre el sujeto individual y la sociedad, en cualquiera de las variantes en que se quiera situar a uno y otro polo⁵. Guattari comienza más bien hablando del concepto de *máquina*, que tan fecundo resultará en la obra conjunta con el Deleuze de 1972: *El Anti Edipo*, en el marco de una teoría del deseo entendido como producción –*deseo* en cierta medida asimilable a los conceptos sinónimos de *inconsciente* y de *sujeto* mismo, pero aquí no podemos detenernos en esto– o fábrica, en abierta oposición al deseo freudolacanianiano estructurado como carencia y representación o escena teatral. Pero el concepto, antes de aparecer asociado al adjetivo

² Félix Guattari, *Chaosmose*, París, Galilée, 1992, p. 26.

³ *Idem*, p. 27.

⁴ Para lo concerniente a esta discusión y su proyección en nuestro ámbito, *cf.* la excelente introducción que ofrece Juan G. Morán: “Retorno al sujeto”, en Fernando Quesada (Ed.), *La filosofía política en perspectiva*, Barcelona, Anthropos, 1998, pp. 17-38.

⁵ *Cf.* Félix Guattari, *Chaosmose*, *op. cit.*, p. 12.

“deseante” en el primer capítulo de la obra mencionada, halla su origen años atrás en un fundamental artículo de Félix Guattari que lleva el significativo título de “Máquina y estructura” —hay que pensar en la escena cultural hegemónica en París a fines de los años sesenta—⁶. En este breve ensayo se encuentran ya, y no sólo en latencia, multitud de temas a los que el tándem Deleuze-Guattari dará cumplido desarrollo en sus futuras obras⁷: junto al concepto de máquina, los de uso, acontecimiento, relación, máquina de guerra, producción supraindividual e irrelevancia del sujeto particularmente considerado, fantasma de grupo..., incluso existe una prefiguración de la idea de *lo menor*, concepto capital luego en las tesis de Guattari tanto como en las deleuzianas sobre política y lingüística. Guattari comienza su artículo reivindicando el concepto de máquina frente al de estructura, pero sin más fundamento que el del *uso* que va a realizar del primero, sin que la distinción pueda ir más lejos de lo establecido por un “artificio de escritura”. La máquina resulta inseparable de sus articulaciones estructurales y, a la inversa, una estructura contingente cualquiera se constituye por un sistema de máquinas: desde un principio se pone de relieve, al igual que años después en *El Anti Edipo*, que las máquinas siempre son múltiples —“rizomáticas”, según la fórmula luego tan cara a los autores—, polívocas, proliferantes. Por esto Guattari afirma que la máquina “permanece excéntrica, por esencia, al hecho subjetivo”⁸, y que existe un sucederse temporal (histórico) de las máquinas (deseantes, técnicas, sociales, abstractas, etc.) que implica un proceso de negación a la par que de potenciación entre las mismas en largas cadenas de las que, recurriendo nosotras de nuevo a la imagen del rizoma, o del cristal, puede decirse que progresan, crecen por los bordes agotando o quemando en su avance sus antiguos límites.

El hecho subjetivo, lo que Guattari denomina —integrando allí el “trabajo humano”— “movimiento humano” posee un carácter eminentemente residual, “es sólo un proceso adyacente y parcial del proceso subjetivo secretado por el orden de la máquina”⁹, máquina que ocuparía el *centro mismo del deseo*¹⁰, centro en constante desplazamiento, lugar de formación de una subjetividad inconsciente que se distinguiría a la vez del individuo y de las colectividades humanas en tanto que supone el *acontecimiento* —la máquina, siguiendo al Deleuze de *Diferencia y repetición*, aparece como repetición de lo singular—, el “efecto” que desborda el orden de cosas determinado por la estructura, creando en todo momento diferentes retículas estructurales al modo de la “máquina de guerra” que en el territorio de la investigación científica perturba y altera el campo estructural, fijo en principio, institucional(izado), de la teoría transformándolo radicalmente, pasando muy por encima del supuesto agente, con nombre y apellidos propios: “El investigador mismo

⁶ Este ensayo, publicado finalmente en el n.º 12 de *Change* en octubre de 1972, había sido solicitado a Guattari por Lacan para reseñar hacia 1969, en *Scilicet*, el libro de Deleuze *Lógica del sentido*. Lacan nunca publicará el texto. Guattari se lo entregará entonces al mismo Deleuze, propiciándose de este modo el encuentro entre ambos pensadores. Este y otros hechos de aquellos años son evocados magistralmente por el escritor Jean-Pierre Faye en “J’étouffe, je te rappellerai”, en *Libération*, dossier dedicado a la memoria de Gilles Deleuze, martes 7 de noviembre de 1995, p. 38, así como en su artículo “Génesis ontológica deleuziana” (trad. de Ricardo Tejada), en *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura* (Barcelona), n.º 17: “Gilles Deleuze: Pensar, crear, resistir” (otoño 1994), p. 41.

⁷ “Máquina y estructura” será recogido por su autor junto a otros artículos parejos en el tiempo en Félix Guattari, *Psicoanálisis y transversalidad. Crítica psicoanalítica de las instituciones*, trad. de Fernando Hugo Azcurra, Buenos Aires, Siglo XXI Argentina Editores, 1976, pp. 274-283.

⁸ *Idem*, p. 275.

⁹ *Ibidem*, p. 277.

¹⁰ Cfr. *ibidem*.

es arrastrado por las consecuencias de este proceso. [...] Incluso en el caso de que un descubrimiento sea bautizado con el nombre de su autor, el ‘efecto’ considerado, lejos de ‘personalizarse’, tiende, al contrario, a hacer de ese nombre propio un nombre común”¹¹.

El individuo desaparece así, para Guattari, sumido bajo su producción. Dato esencial luego para toda la concepción de la subjetividad en Deleuze. La máquina es producción, producción deseante desligada de un significante-representante del orden de las cosas estructuralmente establecido. Es la focalización –en tal o cual etapa histórica dada– del deseo en el conjunto de las estructuras, el sujeto inconsciente del deseo¹², sin que exista un medio válido de localización subjetiva que evite “el pasaje mágico de un plano a otro”, que cree un doble de lo real al segregar de este espacio el fantasmático del sueño. Por el contrario: “Se trata de relacionar, por ejemplo, *al mismo* sistema de producción lo que se opera en el orden de la industria, en el nivel del taller o del cuarto de estudio, y lo que está en cuestión en la investigación científica, hasta en el orden literario, poético, onírico, etcétera”¹³.

Cuando Félix Guattari habla del deseo (noción que, una vez más, no tomaría prestada al “psicoanálisis ortodoxo ni a la teoría lacaniana”) para definir un nuevo ejercicio del mismo, una “micro-política del deseo” capaz de instalar nuevas máquinas teóricas y prácticas que barran las estratificaciones anteriores, lo hace proponiendo como contenido de esta actividad deseante y/o política una intervención activa “contra todas las máquinas del poder dominante, ya se trate del poder del Estado burgués, del poder de las burocracias de toda laya, del poder escolar, del poder familiar, del poder falocrático en la pareja e incluso del poder represivo del superyo sobre el individuo”¹⁴. Poderes mayoritarios o identidades *dadas*, constituidas de antemano sobre los individuos que las asumen como propias. Habrá que subrayar en este sentido que, para Guattari, existe una perversión en lo relacional, una falsa “política” –la de las máquinas del poder estatuido– que constituye el referente básico de lucha para la actividad deseante: “La relación entre los individuos, los grupos y las clases es algo ligado a la manipulación de los individuos por el sistema capitalista”¹⁵, y los individuos, el concepto mismo de *individuo*, están fabricados por el propio sistema –“Capitalismo Mundial Integrado” (CMI), lo llamaba Guattari– con el fin de que respondan a los imperativos de su modo de producción: las necesidades del sistema económico (poder dominante a escala mundial) producen los conceptos de sociedad e individuo, así como sus distintos grupos, empezando por la familia. “Todo lo que se constituye, en el estudio de las ciencias humanas, en torno al individuo como objeto privilegiado, no hace sino reproducir la ruptura entre el individuo y el campo social”¹⁶.

Hemos señalado que para Guattari el hecho subjetivo, el “movimiento humano”, posee un simple carácter residual, consistiendo tan sólo en “un proceso adyacente y parcial del proceso subjetivo secretado por el orden de la máquina”¹⁷, y que el individuo desaparecería sumido por la producción misma del deseo –el sujeto inconsciente del deseo–. Y bien, existe en la obra de Guattari, y evidentemente en la de Deleuze, en la intersección

¹¹ *Ibidem*.

¹² Cfr. *ibidem*, p. 281.

¹³ *Ibidem*, p. 278.

¹⁴ Félix Guattari, *La révolution moléculaire*, Fontenay-sous-Bois, Recherches, 1977, p. 46.

¹⁵ *Ídem*, p. 32.

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ Cfr. *supra*, p. 17.

de ambos, una permanente puesta en alerta frente al juego de creación de subjetividades y sujeciones—de *identidades* al cabo— que lleva a efecto el sistema de dominación económica y de valores dominantes que Guattari denomina CMI, cuyas semióticas operan creando la ilusión de lo subjetivo, de las identidades y sus pertenencias individuales, para de este modo ensanchar cíclicamente sus límites: especie de ingestión que procede por medio de retroalimentaciones trabadas sobre la producción misma de subjetividad en la ciudad contemporánea. Todo cabe en este movimiento bulímico: desde las viejas añoranzas nacionalistas hasta los deseos de una novísima comunidad trans-estatal, desde los ideales clásicos de lucha obrera canalizada por todo tipo de sindicatos y grupúsculos de izquierda hasta los sueños de la más delirante reivindicación anarquista de lo individual¹⁸. Los instrumentos de que se sirve el sistema para producir masivamente una subjetividad *ad hoc* resultan de sobra conocidos: medios de comunicación de masas, publicidad, sondeos, estadísticas, encuestas... que manufacturan la opinión a gran escala creando actitudes estereotipadas y narrativas de deseo esclerósicas¹⁹. Subjetividad *massmediatizada* pues, moldeado intensivo desde la cuna de cierto tipo de individuo productor-consumidor a tiempo completo. La totalidad del mundo de la vida, desde el nacimiento hasta la muerte, con todos sus avatares, se halla reticulada, encuadrada, dirigida, casi prefabricada, si podemos permitirnos hablar siguiendo esquemas cómodamente representativos. Elites, garantizados y marginales, todo se encuentra de antemano decidido en la vida personal de los sujetos por las semióticas del capital, sin que tal vez se hurten las esquinas mismas del imaginario: el sueño y el fantasma. Los espacios del CMI ya no adhieren a los clásicos parámetros de las identidades: la nación, la patria, el terruño, las tradiciones, las corporaciones, etc., al tiempo que se acepta la “diversidad” cultural, el relativismo, la diseminación, multiplicación y descentrado de las nuevas adherencias: todo desaparece en la vorágine sin retorno del sistema en beneficio de su propio desplazamiento en espiral. El modelo de las nuevas disciplinas no sería otro que el de la empresa capitalista, y más en concreto su vertiente multinacional²⁰.

La postura de Guattari no puede mostrarse más clara: “Un grupo, una clase, no están constituidos por individuos; es la recaída de las relaciones de producción capitalistas sobre el campo social del deseo lo que produce un flujo de individuos descodificados como condición para la captación de la fuerza de trabajo”²¹. Un máximo de universalidad ha generado, en contrapartida, una eclosión en buena parte reactiva (*sentimental*, se dirá) de regionalismos, nacionalismos, racismos, miedos xenófobos, códigos residuales y (re)territorialidades superficiales. Una pareja implacable (universalidad maquínica y singularidades arcaicas) de la que hay que desprenderse para posibilitar una salida de

¹⁸ Es en este sentido que creemos poder rechazar la defensa un tanto ingenua que Michel Onfray realiza de la noción de *individuo* por oposición a los conceptos que a ésta opone de *sujeto, hombre y persona*: Cfr. Michel Onfray, *Política del rebelde. Tratado de la resistencia y la insumisión*, trad. de Enrique Kozicki y Silvia Kot, Buenos Aires, Libros Perfil, 1999, pp. 33 y ss.

¹⁹ Cfr. Noam Chomsky, “El control de los medios de comunicación”, trad. de Joan Soler, e Ignacio Ramonet, “Pensamiento único y nuevos amos del mundo”, trad. de María Méndez, en *Cómo nos venden la moto*, Barcelona, Icaria, 6ª. ed., 1997.

²⁰ Cfr. Gilles Deleuze, “Control y devenir” (entrevista con Toni Negri) y “Post-scriptum sobre las sociedades de control”, ambos textos fundamentales sobre estas cuestiones, en *Conversaciones*, trad. de José Luis Pardo Torío, Valencia, Pre-Textos, 2ª. ed., 1996, pp. 265-286.

²¹ Félix Guattari, *La révolution moléculaire, op. cit.*, p. 33.

la aporía²². Tales identidades fragmentarias y enzarzadas en luchas interinas han de dejar paso a la construcción de *otra* sociedad, *otra* política, *otro* movimiento de mujeres, juvenil, de obreros, ecologista...²³. En definitiva, una *diferencia*: la de una nueva articulación ético-política –a la que Guattari denomina *ecosofía*– entre estos tres registros ecológicos: el de la naturaleza, el de las relaciones sociales y el de la subjetividad humana²⁴.

Simplificando en extremo, y sin dejar de señalar aunque sea al paso que Guattari no sostiene un planteamiento apocalíptico ni pesimista, así como que tampoco rechaza el actual avance tecnológico²⁵, reduciremos en un esquema algunas de sus propuestas afirmando que la nueva lucha –lo que equivaldría a decir: la nueva producción deseante de subjetividad– habrá de pasar por dos tipos de recuperación: 1) la recuperación del cuerpo colectivo y 2) la recuperación del tiempo de la vida.

En primer lugar, constituir el cuerpo colectivo por oposición tanto a la subjetividad prefabricada del Capitalismo Mundial Integrado como a los modos de reterritorialización de la identidad anclados en cómodas estructuras de lucha hoy caducas. Se trata de acabar con el hombre-serie, de reconquistar los espacios de deseo capitalizados por el mercado planetario, de *hacer territorio* a título individual y colectivo (esa bella imagen deleuziana del *nomadismo*), en suma, y por decirlo con los términos de Guattari: crear *dispositivos colectivos de enunciación*, dispositivos complejos en el lenguaje que partirían de lo singular, de lo que no es reducible ni a lo individual ni a lo colectivo: “puede partir de un grupo, como también de un afecto, de una representación, de una práctica que no tiene que rendir cuentas a nadie”²⁶. Reconquista de los espacios del deseo que apuntaría a una recomposición nueva y abierta, en constante desequilibrio, de la subjetividad. En los grupos, por descontado, pero también en *uno mismo*²⁷: algo que también afirmará Gilles Deleuze en un precioso pasaje de su homenaje a François Châtelet donde se refiere a las *políticas*: establecimiento fluctuante y en perpetua re-apertura de las relaciones que llenan la totalidad de esferas del campo de inmanencia. Rizoma y esquizo, dos conceptos o figuras que han de impregnar la formación de las nuevas identidades para combatir en pie de igualdad, y en definitiva desde los mismos presupuestos descentralizadores, el sistema económico del tardocapitalismo. Formación de máquinas de guerra sobre la única base inmovible –y sin embargo en desplazamiento constante– de la apertura al *otro*. Identidad del, de lo desequilibrado (e imprevisible).

Y en segundo lugar, una recuperación del tiempo de la vida y, con él, la liberación del propio tiempo del trabajo, parte integrante de aquél, *control* sobre la totalidad del tiempo, al margen de las condenas que impone hoy la sesgada manipulación del orden productivo²⁸. “Ninguna transformación puede ser concebida, si el conjunto del campo de trabajo productivo no es atravesado por grandes movimientos de experimentación colectiva que hagan trizas las concepciones relativas a una acumulación centrada en la

²² Cfr. Félix Guattari, *Psicoanálisis y transversalidad...*, op. cit., pp. 192 y ss.

²³ Cfr. Félix Guattari, *Cartografías del deseo*, op. cit., p. 106.

²⁴ No entraremos en este desarrollo aquí. Cfr. Félix Guattari, *Les trois écologies*, París, Galilée, 1989, pp. 12 y ss.

²⁵ Antes al contrario: mantiene la creencia en que la evolución tecnológica, conjugada con cierta experimentación de orden social en este dominio, acabará por hacernos salir del actual momento de opresión y entrar en una “era postmediática” que se caracterizará por “una reapropiación y una re-singularización de la utilización de los medios”: Félix Guattari, *Chaosmose*, op. cit., p. 17.

²⁶ Félix Guattari, *Cartografías...*, op. cit., p. 185.

²⁷ Cfr. *ibidem*, pp. 122 y 133.

²⁸ Cfr. *ibidem*, p. 68.

ganancia capitalista”²⁹. Reconstrucción del tiempo de trabajo, conciliado con la totalidad del tiempo vital que pasa por un rechazo del trabajo impuesto por encargo y de la propiedad ³⁰ (resulta evidente la ecuación de igualdad que enlaza identidad clásica y propiedad privada). Refundación del concepto de trabajo paralela a la de la identidad y el poder (rechazo, junto al de la idea de posesión, del sistema vertical de mando jerárquico): “Esta nueva producción de subjetividad concibe, sin embargo, el poder únicamente en tanto horizonte de liberación colectiva de las singularidades y como trabajo polarizado sobre este objetivo (en otros términos, en tanto auto-valorización y auto-producción de las singularidades)”³¹.

Antonio Tudela Sancho
C/. Almirante Baldasano, 15, 6º B
30204 Cartagena

²⁹ *Ibidem*, p. 129.

³⁰ *Cfr. ibidem*, p. 79.

³¹ *Ibidem*, p. 80.